

ASTRALIS

LAS VIDAS DE
DUMAS & RIGEL

ANTONIO J. BAZALO

Título original: Astralis: Las vidas de Dumas & Rigel.
Licenciado bajo Creative Commons. Antonio J. Bazalo 2008.
Nº registro propiedad intelectual: MA-2007-00703
Barcelona. Julio de 2008.

Licencia Creative Commons: Se permite la libre distribución de la obra. Queda prohibida la distribución con fines comerciales. La libre distribución obliga al reconocimiento del autor original y a la no manipulación de la misma.

Visite la web oficial de Astralis en:

www.astralis-saga.com



LAS NUEVAS AGUAS DEL RÍO ITERU

El oro de aquella empuñadura no brillaba en la oscuridad, pero el bronce bien afilado de la hoja cortaba gargantas sin hacer ninguna pregunta. De ahí la impunidad con la que la daga de Kebos aguardaba a cumplir con las órdenes dadas por su señor.

-Tu vida no vale ni como ofrenda a la diosa de este templo, Dann-Dyehuty, hijo de Najt-Dyehuty -dijo.

-Pues la tuya de seguro indigestaría a los cocodrilos del Iteru, seas quien seas.

Los ojos de ambos domaron la oscuridad de aquel largo pasillo y por fin se vieron las caras. El asesino debería haberle matado antes de aquello, pero no era más que un matarife de ocasión por orden de quien estaba sobre él en la jerarquía de su casa.

-¿En verdad moriré aquí, pasado a puñal por tu mano, siervo? -le preguntó Daan a su atacante, desafiante y descarado-. ¿Mancharás con mi sangre la casa de Hut-Hor y de su servicio aquí, en la ciudad de Anj-tauy?

Kebos tuvo un momento de duda. Oyó historias sobre cómo su señor se aseguraba de que nadie supiese de la faceta discreta de su *política*, y si eran ciertas, a su regreso le esperaba un momento aterrador: su lengua cortada por un cuchillo candente.

-Los templos son tan grandes como el poder de su dios -afirmó en un arrebató, una parte de él seguía obediente con la misión impuesta-, y qué mejor oportunidad que la intimidad de uno de los templos más grandes de Kemet. Los dioses me sonríen, sin duda, y eso sólo puede tener un significado -acercó la daga e hirió ligeramente la piel de la garganta de Daan-. Te quieren ver en

Necher-Jertet.

Con aquellas palabras me convencí de que Kebos realmente iba a matar a Daan-Dyehuty.

Yo estaba allí, en aquel oscuro pasillo. Aguardé y con ello le di una oportunidad para que desistiese, fuera por compasión o por cobardía. Me valía cualquiera. Daan-Dyehuty debía ser protegido a toda costa, era la pieza esencial de mi plan para la tierra negra del río Iteru, pero fracasé en mi esperanza y el necio Kebos me defraudó. Era el momento de intervenir y frenar su mano, pero mi irrupción tenía un inconveniente.

El poder astral brilla con su máximo esplendor en la oscuridad.

-No muevas un músculo, Kebos -le dije, aún camuflado entre las sombras de aquel pasillo.

-¿¡Quién hay ahí!? -gritó sorprendido. Tan nervioso se puso que dio un tajo a Daan en el cuello.

-Arroja tu daga al suelo ahora mismo -le ordené.

-¡Muéstrate, perro! -me espetó, más asustado que bravo. Apartó el puñal de Daan y lo blandió a ciegas ante sí.

-No estoy tan cerca de ti como para que puedas herirme -le aclaré, e invoqué mi espada astral-. Arrójala al suelo.

-¡Hut-Hor! -pronunció Kebos con un alarido ahogado ante el resplandor azul celeste de mi arma. Me creyó la diosa venerada en aquel templo y de puro terror cayó al suelo desmayado.

Un instante después fue Daan quien se desplomó fulminante. Grité su nombre, corrí hasta él y acerqué la espada a su rostro para apreciarle. La herida accidental que Kebos le causó momentos antes al descubrirme resultó ser letal. La sangre le salía a borbotones, su piel estaba blanca y sus labios del color de mi espada. Sus ojos oscuros miraban ya a al horizonte de Necher-Jertet.

-¡Aguanta, muchacho! -le pedí, apremiado a detener la hemorragia. La cirugía de Iteru no haría nada por él, pero yo sí. Envainé la espada y llamé a mi campo astral. Suspendí el flujo sanguíneo y mantuve su sangre por debajo del cuello. Estimulé su piel y sus arterias alrededor de la herida y aceleré el proceso tanto de la coagulación como de la regeneración celular. Después hice lo propio con la cantidad de sangre que quedó en su cuerpo. Por último, reactivé su corazón.

Lo demás, con paciencia y esperanza, llegó por sí solo.

-Akasias... -musitó débil.

Debí dar la importancia debida a aquel balbuceo. Nadie, desde la orilla oeste del río Iteru hasta el confín de la península del Sina conocía ni aquella palabra ni la creencia implícita. Con mis artes le había traído, en efecto, de vuelta desde la encrucijada de las Akasias, pero el nombre con el que los astrales la conocemos era exclusivo y, por tanto, imposible de saber para un mortal de Kemet.

Abrió finalmente los ojos. Respiré aliviado, mi especialidad no era la salud, mucho menos la agonía consumada, pero funcionó.

A cambio de aquel regalo de la buena fortuna me descuidé. Mi campo astral aún brillaba en aquel pasillo. Sus ojos negros se clavaron en él, pero algo aún más fuera de lo normal hubo en aquel momento para mí. Su mirada no era la del asombro de un ignorante, de un incauto, un escéptico o un bendito sirviente de la deidad del templo.

Aquellos ojos delataron la verdad oculta de Daan-Dyehuty.

-¡Un campo astral! -gritó.

Mi instinto estuvo en lo cierto. Tal y como sentí, era la mirada de quien se reencontraba inesperadamente con algo que ya conocía.

Reaccioné como un completo estúpido. Me levanté de golpe, desavanecí mi campo astral y llamé a mi espada. De repente me había convertido en el sustituto de Kebos en aquella tragedia sin consumir.

-¿Cómo has... dicho? -le pregunté.

-Eres... ¡Eres uno de los mil!

-¿¡Quién eres y cómo sabes eso!? ¡Responde inmediatamente!

Fue así como yo, Dumas Deneb-Algiedi, capitán del Gremio de Inteligencia de la sociedad de los mil señores astrales descubrí que la cifra de aquellos que quedábamos en el mundo era errónea.

Los mil éramos mil y uno.

-Mi nombre es Daan-Dyehuty, hijo de Najt-Dyehuty y sirviente leal del sumo sacerdote de la diosa Hut-Hor -me respondió con el aplomo que a mi me faltó-. Aunque, dadas las circunstancias, puedes llamarme Rigel Alnilam.

Lo supe en aquel mismo instante: mi vida estaba a punto de cambiar para siempre.

Nota del autor: algunos lectores pueden creer, a razón de los irreconocibles nombres de ciudades y deidades que nombro en este capítulo, que Dumas y Rigel viven esta aventura en un reino irreal y fantástico. Aquellos que hayan leído Astralis sabrán que las aventuras de los astrales ocurren en nuestro mundo real, de modo que no parece correcto que el pasado de los mismos transcurra en lugares imaginados. Por ello, les animo a que consulten los nombres que les sean desconocidos y descubran con agrado y sorpresa dónde están realmente Dumas y Rigel.